

EPÍLOGO.

He llegado al fin de mi trabajo, que reconozco imperfectísimo. Acaso algún día pueda decir que este folleto no es más que el prólogo de una obra que pienso escribir sobre los Fundamentos racionales é históricos de la democracia moderna. Creo que alcanzo el fin que me propongo: mostrar que con nuestras ideas, con las ideas democráticas, lograremos afianzar en sólidas bases la paz y hacer imposibles las revoluciones sangrientas. Para llegar á este corolario, hemos estudiado, no las tradiciones históricas, no las costumbres y el clima, sino la raíz de toda vida, el fundamento de toda verdad, el espíritu del hombre. Hemos encontrado que el espíritu procede en su desarrollo por oposiciones, de las cuales resulta la armonía de la naturaleza con el hombre y del hombre con Dios. Hemos visto que

esta fuerza del espíritu, esta variedad de su vida, esta riqueza de sus colores, esta inagotable fecundidad, se conoce por la varia riqueza de ideas, que encerradas en fuertes y vigorosas organizaciones, componen los partidos. Los partidos no son un capricho del hombre, una agregacion fortuita de fuerzas que el interes liga, como pretenden los escépticos, los que ni comprenden ni estudian el alma de la civilizacion; los partidos son la forma de las ideas en que estalla una contradiccion continúa, permanente; contradiccion que por fin se resuelve en una síntesis suprema, en una concertada y completa armonía, que enlaza los siglos con los siglos.

En esta varia y rica organizacion de los partidos, el absolutismo, más cercano de lo pasado, cada dia se va hundiendo más hondamente en su ocaso. Se han apagado las hogueras en que atormentaba el pensamiento; se han roto las leyes en que prendia y sujetaba la actividad humana; se ha destrozado casi por sí mismo el código de sus derechos; se ha perdido la tierra en que agarraba sus raíces; se han roto las corporaciones que eran como las escalas de su trono; se ha perdido hasta el sentimiento que lo animaba, ese último refugio de los dioses lares; se ha apagado el rayo de la luz celeste, la aureola del derecho divino, en las ondas tumultuosas de nuestras revoluciones; y el coloso de ayer es hoy un monton de cenizas que esparce de continuo el soplo de los tiempos. Los absolutistas, que aun hoy adoran

con fé, con cariño la antigua monarquía, me parecen tan poéticos y respetables como aquellos senadores romanos, que vestidos de blanco y coronados de encina, sacrificaban á los risueños dioses paganos en el altar de sus padres, mientras Teodosio declaraba religion del Imperio el catolicismo, y se oian á lo léjos los bramidos de los bárbaros. Para vosotros, absolutistas fieles, sin duda, escribió el gran poeta español este sublime pensamiento: *Victrix causa diis placuit; sed victa Catoni.*

La sociedad pasada, en su agonía, ha transigido con la sociedad presente por medio del sistema doctrinario. Esta transacion está representada por el partido moderado. Mas cada paso que el partido moderado da, prueba que, falto de su antiguo ideal, se encuentra como en oscura noche, sin hallar ni rumbo cierto, ni estrella que le guie. Unas veces se vuelve á lo pasado, y quiere infundir vida á los muertos. Otras veces se cubre con la hipócrita máscara de un falso liberalismo. Muchas veces, suspendido entre dos abismos, sin acertar ni con afirmaciones, ni con negaciones, se consume estérilmente en el marasmo. Un tiempo fué en que el partido moderado tenia soluciones para todos los problemas, fórmulas para conjurar todas las tormentas. Monsieur Guizot enseñaba, en nombre del sistema doctrinario, la historia; Mr. Cousin la filosofía; monsieur Conte el derecho. Toda la ciencia humana habia sido abrazada por sus sectarios. Ellos se divi-

dian el imperio del mundo. Mr. Cousin, desde lo alto de la cátedra, soplabá sobre la Francia la idea doctrinaria; Mr. Guizot condensaba la idea doctrinaria desde lo alto de la tribuna. Aquella idea era débil, era enfermiza. Ni partía del derecho humano, ni del derecho divino; ni admitía la autoridad, ni la razón; ni acertaba con la fórmula de la monarquía, ni con la fórmula de la libertad. Y la escuela era fotográficamente copiada en España; aunque en muchas ocasiones, fuerza es decirlo, superando al original. Donoso Cortés era el pensamiento de la escuela; Martínez de la Rosa la imaginación; Galiano la palabra; Pidal la pasión; y Pacheco, gran escritor, gran orador, Pacheco, el hombre más notable de la escuela, era á un mismo tiempo pensamiento, palabra, fantasía, aunque no pasión; era la estatua magestuosa y severa que coronaba aquel edificio. Pero vino el día fatal para el partido moderado; el día 24 de Febrero de 1848; Luis Felipe huyó, dejando vacío su trono, y huyó, más que del pueblo, de sus propios remordimientos; Guizot bajó de la tribuna, arrancado por aquella gran corriente eléctrica; la palabra de Cousin, la Sibila filosófica, se heló en sus labios; la Francia mostró el cáncer que habían abierto en sus entrañas esas ideas, y el mundo abandonó los frágiles altares del sistema doctrinario donde sólo se sacrificaba á la duda; y desde entonces, nuestros doctrinarios anduvieron confusos, sin entenderse, como los hombres después de la confu-

sión de las lenguas en la torre de Babel. La imagen de aquella familia de Pompeya, sorprendida en medio de una fiesta por la ardiente lava del volcán, pinta admirablemente la situación del partido moderado en este trance, siempre memorable. Ya Pacheco había casi abandonado, no las ideas del partido moderado, pero sí sus hombres, dirigiéndose á otra tendencia más liberal, y Donoso abandonaba también al partido moderado, dirigiéndose á otro pensamiento más reaccionario. La transformación de estos dos hombres, los más notables de la escuela, mostraba que el partido moderado se descomponía; y daba de sí el neo-catolicismo y la unión liberal.

La unión liberal, que hoy manda, es el eclecticismo del eclecticismo, la confusión de todas las confusiones posibles. Cuando se necesitan ideas claras, la unión liberal trae nuevas tinieblas; cuando se necesita fé, la unión liberal siembra dudas; cuando suspiran las inteligencias por un dogma definido, la unión liberal entrega á la opinión pública hambrienta y sedienta las migajas del festín de todos los partidos, las heces de las amargas copas donde han bebido todos nuestros repúblicos. La unión liberal, sin embargo, domina hoy, porque ni los partidos extremos tienen aún medios para vencer, ni los partidos medios tienen ya fuerza para conservarse. La unión liberal es necesariamente lógica en estos instantes de perturbación, en que el mundo presen-

cia la ebullicion de tantas ideas nuevas, la evaporacion de tantos viejos elementos. En esta época solemne del mundo y de la historia, la union liberal ha venido á representar negaciones más bien que una afirmacion soberana; la liga del interes, que no puede llegar á nada que sea eterno, inquebrantable, sino á un pacto que, como escrito en la movible arena de la utilidad, el menor viento deshará, sin que de él quede ni aun memoria. Sin embargo, hoy por hoy, la union liberal es el único partido conservador posible, el único entre los partidos medios esencialmente lógico.

Pero así como la union liberal es el único partido conservador que existe, la democracia es el único partido progresivo. El antiguo partido progresista, si ha de ser fiel á su enseña, debe ser demócrata. ¿Qué contestará cuando el pueblo le diga?: Yo creí que ibas á romper todas mis cadenas; te levanté al poder en 1836, y tú me arrancaste mi Constitucion, y me volviste á la esclavitud, de que habia salido por un esfuerzo generoso de mi genio: yo, ansioso de paz, te abrí el camino del Capitolio en 1840, y tú en el Capitolio te olvidaste del pueblo: yo volví á dar mi sangre por tí en 1854, y tú volviste á darme la servidumbre, que sólo tenia derecho á esperar de mis enemigos: no tienes libertad bastante para apagar mi sed, no tienes remedio para mis dolores. Y, en efecto, al oir estas quejas del pueblo, el buen partido progresista, el que no se ha manchado en

cábalas ni intrigas, el que conserva su fé pura, su corazon entero, exclama: la fórmula del progreso es la democracia.

La ley del progreso es la libertad. El mundo en su camino, guiado por la Providencia, va siempre constantemente hácia la libertad. Por eso la fórmula del progreso en todos los tiempos, en todas las naciones, ha encerrado siempre la santa idea de libertad. Por eso la democracia, que hoy consagra la libertad en todas sus manifestaciones, la democracia es la fórmula del progreso. Su idea capital es el derecho; la idea capital del derecho, la libertad; la condicion de la libertad, la igualdad. El derecho es la manifestacion del espíritu humano en la sociedad, de su pensamiento en la tribuna y en la prensa, de su voluntad en los comicios y en las libres asociaciones, de su conciencia en el jurado. La democracia unge con el óleo sagrado la frente de todo hombre, le devuelve la dignidad pristina que al crearlo le concedió el Eterno, lo hace verdaderamente rey de la naturaleza. El derecho es la corona del hombre, como la tierra es su trono. Esta teoría, que devuelve su integridad perfecta al individuo, tiene consecuencias administrativas, consecuencias económicas, consecuencias sociales. A imitacion del hombre, en nuestro sistema el municipio y la provincia recobran toda la integridad de su sér, viven vida independiente y libre. Y así como las facultades del hombre son libres, sus fuerzas son tambien libres,

y el comercio, la industria, la asociacion, el crédito progresan con la libertad, como el navío acelera su marcha magestuosa sobre las olas, cuando viento favorable agita sus velas. Y por fin, las ideas democráticas, descendiendo sobre la frente del pueblo, le alivian en sus dolores, le sostienen milagrosamente en esa continua lucha que tiene empeñada con la naturaleza para ganarse el sustento, le prometen que la última forma de la esclavitud acabará pronto, y que podrá dejar á sus hijos la libertad, para que no sufran las ignominias que desgraciadamente sufrirán sus padres. Hé aquí nuestras ideas resumidas formulariamente:

- 1.° El derecho, como base de la soberanía del pueblo.
- 2.° Igualdad de derechos políticos para todos los ciudadanos.
- 3.° Libertad de imprenta.
- 4.° Libertad de asociacion para todos los fines de la actividad humana.
- 5.° Sufragio universal.
- 6.° El jurado.
- 7.° Inviolabilidad del hogar doméstico y de la personalidad humana.
- 8.° Descentralizacion administrativa.
- 9.° Integridad del municipio y de la provincia.
10. Inamovilidad de los empleados públicos.
11. El impuesto único.

12. Abolicion de los consumos, de los estancos, de toda contribucion indirecta.
13. Libertad de comercio.
14. Libertad de crédito.
15. Igual consideracion y respeto para todas las manifestaciones del espíritu humano.
16. Elevacion de todas las clases y de todos los ciudadanos á la vida pública.
17. Abolicion de la pena de muerte.
18. Abolicion de las quintas, haciendo de la militia una verdadera profesion para el soldado, como lo es para los jefes.
19. Abolicion de todo fuero y jurisdiccion privilegiada.
20. Consagracion, en resúmen, de la responsabilidad humana con todos sus derechos y con todas sus facultades.

Esta es nuestra fórmula, ésta es la fórmula de toda la democracia. Este es el sentido que debe darse á la soberanía del pueblo. Yo he oido ultimamente explicar la soberanía del pueblo al primero de todos nuestros oradores parlamentarios, al hombre que se engasta en el Parlamento como la perla en la concha, al Sr. Olózaga; y á pesar de su talento y de su elocuencia, no me ha persuadido á creer que sea soberanía popular la soberanía de los progresistas. La idea verdadera del derecho, la idea verdadera del progreso, su fórmula, sólo la posee la democracia. Despues de escribir este libro, que es como

un largo exámen de conciencia político, lo repito hoy con más fé, con más convencimiento aún que cuando por vez primera lo dije en el Teatro Real, la fórmula de nuestra civilizacion es la democracia.

Mi ilustre amiga, la eminente poetisa Doña Carolina Coronado, ha dicho en una de las composiciones más bellas, que guarda el Parnaso español para su gloria y nuestra gloria, que el rumor de la naturaleza y sus resplandores han dado siempre á su espíritu aliento para volar al Creador. Lo mismo sucede á mí con la historia del siglo XIX. Cuando veo que el mundo, ahora como nunca, siente el anhelo de libertad; cuando miro la América libre, elaborando nuevas ideas para la historia, para la humanidad; la India y la China abriéndose á la voz de Europa, como dos oráculos que revelan el secreto de sus misterios; la Italia, la Polonia, la Hungría, vencidas, pero no resignadas, acariciando siempre su libertad; la Rusia trabajando con la espada de su emperador por la unidad de razas desconocidas y la emancipacion de sus siervos; Grecia libre y regenerada; Bélgica independiente; el Piemonte sacudiendo sus cadenas; Alemania preparando en el silencio de sus Academias nuevas revelaciones científicas; España y Portugal confundiendo cada dia más sus almas, como las esencias de dos flores que se unen amorosamente en los aires; Inglaterra, la egoísta Inglaterra, destruyendo el cetro de hierro de su asistocracia, entrando en comunión

con la humanidad, abriendo con las llaves de oro de su comercio, ciudades ignoradas y regiones inmensas á todos los pueblos, á todos los navegantes, cuando veo todas estas maravillas, me postro en el corto espacio en que vivo, y uno mi débil voz al cántico de todos los siglos y á la oracion de todos los séres, y alabo al Eterno.

Quando veo los milagros del siglo XIX; el frágil barco animado por el vapor, corriendo contra los vientos y domeñando las olas; el martillo de la industria rompiendo, pulverizando las montañas; la locomotora volando con la celeridad del relámpago, como si el alma de la naturaleza hubiera entrado en su seno; el rayo, el rayo asesino, descendiendo á las manos del hombre, y fiel á su voz, llevando de region en region en sus chispas de oro los mandatos de la voluntad humana; la imprenta reproduciendo las ideas, como el campo reproduce las flores, y conservándolas como la atraccion conserva las estrellas; la química descomponiendo los cuerpos, y llegando hasta sorprender en sus retortas la esencia misteriosa é impalpable de la materia; la máquina moviéndose, trabajando, como si la sangre de nuestras mismas venas corriera por sus cilindros y por sus ruedas; los pueblos unidos con los pueblos, las razas con las razas, el hombre dilatándose en la humanidad; cuando considero todos estos milagros, mis labios, ¡Dios mio! involuntariamente modulan en tu loor una religiosa plegaria. ¡Dios mio! por todo te

debeamos gratitud, por todo te tributamos nuestras oraciones. Yo te pido todos los dias que me concedas amor á la libertad, y á la justicia, horror al crimen, y á la tiranía. Y así, cuando mis dias estén contados, cuando baje al sepulcro, al presentarme temblando en tu presencia para que me juzgues y para que me perdones, podré decir: la débil inteligencia que me diste, más débil que la fosfórica luz de la luciérnaga, te la devuelvo, despues de haberla consagrado á los pobres, á los oprimidos, que serán los bienaventurados, segun las promesas de tu misericordia.

FIN.

